

disilà...
...là

Laurent Cauwet

La domesticación del arte

Política y mecenazgo

Traducción de Juan-Francisco Silvente

Título original:

La domestication de l'art. Politique et mécénat

© de la edición francesa: La Fabrique éditions, 2017

© de la presente edición: *incorpore*, 2019

© de la traducción: Juan-Francisco Silvente

Corrección: Carme Rigol

Cobijo: Marc Vaccaro

incorpore@incorpore.org

www.incorpore.org

Diseño de cubierta y maquetación de Albert Coma

Impresión QP Print

Depósito legal: B 8721-2019

ISBN: 978-84-945108-9-2



*Voilà comment il travaille,
parallèlement au savant et au militant politique,
comme eux avec passion dans une lumière froide.*

Francis Ponge, 1947

*Tant que Beau bourg aura des égoutiers arabes,
rien à craindre...*

Michel Vachey, 1979

1. Cuando oigo la palabra cultura...

Cultura (depósito común de todo lo que pertenece al orden espiritual, intelectual o del ocio), no se trata aquí de proponer una definición. Palabra comodín por excelencia, se aplica en cuanto se habla de arte o de literatura, de música o de patrimonio, de filosofía o de rock'n'roll, de excelencia o de entretenimiento... y sirve de baza para realzar la sacrosanta *convivencia* —aunque, preferentemente, entre iguales. De Glenn Gould a Bigard pasando por Buren, Beyoncé, Baudelaire, el estofado de ternera o la cofia bretona, todo vale. Los nombres se convierten en etiquetas, otras tantas promesas de productos culturales de calidad cuyo consumo revela algo sobre quiénes somos.

Todo el mundo blande la palabra *cultura* como aquello que debe salvarse a toda costa: cada cual, venga de donde venga y vaya a donde vaya, reivindica *la suya* al grito de *la nuestra*. La cultura siempre es frágil, siempre requiere protección, cueste lo que cueste. Si hemos de hacer caso de los discursos que emanan de los poderes, sean políticos o económicos, es evidente que no puede existir más que si ellos la sostienen. Entonces, *cultura* se convierte en sinónimo de identidad a preservar, cada región, cada ciudad, cada categoría social defiende su patrimonio y reafirma la vivacidad de su cultura (de su patrimonio en ciernes) —hasta los peores defensores, derivas identitarias, que, bajo este vocablo sacralizado, reivindican

el fenómeno del aperitivo antimusulmán *saucisson-pinard* (tinto y salchichón), igual que Brigitte Bardot reivindica los derechos del bebé foca. Cada cual llora y reivindica, gimotea y amenaza, la cultura es su cultura, similar a un pasaporte que prueba su pertenencia a una u otra comunidad, a una u otra clase social. Así, el compartir y el intercambiar, nociones inherentes a toda producción artística, se transforman poco a poco en un credo guerrero por la defensa de un territorio —aunque sea ilusorio—, y actúan en pro de una política de la separación. Cosa extraña, los únicos que no contribuyen al coro de plañideras que lloran la cultura en peligro son los habitantes de los barrios populares. Tal vez porque allí, más que en otros sitios, es a un tiempo esencial y negada, se sabe que no es fruto de una negociación, sino reafirmación de un combate, de una lucha, de un discurso que se construye en presente con sus propios medios —y, ciertamente, no bajo la tutela de ningún poder. Y, seguramente, también porque lo duro de la vida y el combate por la supervivencia desplazan los cursores de la urgencia, y porque la cultura no debe separarse de lo cotidiano.

Cultura produce un conjunto de reglas y de códigos que desvela algo sobre su pertenencia de clase: su acceso y el consumo de lo que prodiga es un privilegio reservado a la élite. Sin embargo, mediante esa cultura —basta con ser obstinado— está permitido acercarse a esa élite y beneficiarse de los privilegios que le son concedidos. Por consiguiente, la cultura es el único ámbito en el que nos podemos integrar para forjarnos un lugar, sin legitimidad ni conocimiento particular. Basta con aprender el lenguaje y doblegarse ante ciertos usos. En 2009, la cultura en Francia contaba con

697 000 empleados¹. Evidentemente, esta cifra no tiene en cuenta a los voluntarios —4,7 millones de colaboraciones no remuneradas en 2011²—, ni el trabajo no declarado (la cultura permite —frecuentemente, por fortuna— la creación de economías paralelas), ni a todos aquellos que tienen el estatuto de profesionales liberales, empresarios autónomos o artesanos, ni a las asociaciones autónomas ni, tampoco, a los artistas que, por no fichar al servicio del Estado, están ausentes de los listados y otras estadísticas.

La dominación ha logrado implantar un cambio de rumbo decisivo: la transmutación de la exigencia de una cultura para todos en una exigencia de privilegios para todos. A partir de la voluntad legítima de tener acceso, en igualdad de condiciones con los pudientes, a todos los sectores del pensamiento y de la creación, y de participar, vengamos de donde vengamos y seamos quienes seamos, en sus mutaciones críticas y estéticas, la dominación permite creer que todos podemos ser iguales al pudiente, consumiendo los mismos productos culturales y colaborando en su producción. Aquí, lo que importa ya no es el contenido, sino la contribución a un espectáculo generalizado donde comulgar *conjuntamente* significa integrar *el conjunto*.

De esta forma, la dominación mata dos pájaros de un tiro. Por un lado, apaga las veleidades de rebelión de un sector de las clases medias ofreciéndoles un coto de caza privado en el ámbito cultural erigido a la vez en templo (la cultura no se toca, bajo pena de ser tachado de hereje y repudiado al margen

1 Cifras extraídas del *Département des études, de la prospective et des statistiques, service de la coordination des politiques culturelles et de l'innovation, ministère de la Culture*, publicadas en 2012.

2 Misma fuente, publicada en 2014.

de la sociedad) y en empresa (cualquiera puede involucrarse y conseguir beneficios y poder). Por otro lado, se ofrece la posibilidad a las clases populares, elementos inadaptados de la burguesía y marginados de todas partes, de poder focalizar su rabia, su espíritu crítico y su deseo de reconocimiento, reivindicándose como participantes activos de este conjunto cultural.

Así, la domesticación del pensamiento y de la creación permite:

1. la puesta en vereda de la crítica, actualmente en total estado de sideración;
2. la separación radical entre los espacios de creación y los de crítica social y política;
3. una delimitación en el seno de las clases populares entre, por un lado, los habitantes de los barrios más desfavorecidos, y por otro, las capas intermedias que para distinguirse solo cuentan con su buena voluntad cultural y su elitismo cultivado;
4. el uso de la cultura como instrumento de control y de conquista de las poblaciones: dentro de nuestras fronteras, en el núcleo de los barrios populares, y fuera de nuestras fronteras, donde, so pretexto de francofonía, se tiende a mantener la lengua francesa como única lengua vehicular, a fin de consolidar a Francia en su liderazgo económico y político.

Pues sí, cuando oigamos la palabra cultura, tal vez haya llegado el momento de *sacar el revólver*.

2. Del artista soberano al empleado modélico

La palabra *cultura* se emplea aquí en el sentido más trivial posible. Cultura es un ministerio. Un ministerio es tanto un lugar de decisión como un lugar de producción. Un lugar donde se decide lo que se expone, lo que participa del pensamiento, lo que realza la nación. Un lugar que decide sobre el tratamiento del patrimonio de ayer y labra el patrimonio del mañana. Un lugar que produce los espectáculos, los debates, los artefactos consumibles del arte, de la literatura y del pensamiento. Toda persona que desee ser considerada como partícipe activo de esta empresa, y de su buen funcionamiento, reconocida y remunerada por ello, está siendo, de hecho, proletarizada.

Toda persona empleada por esta vasta empresa no tiene más destino que servir a unos amos. Aunque esté pasado de moda, el término «alienación» sería muy apropiado. Efectivamente, no se le puede exigir a un amo ningún otro tipo de reconocimiento más que la «justa» retribución por el trabajo cumplido. Cuando la institución te reconoce como artista, pensador, escritor o representante cultural, te conviertes en su ejecutante y en su escaparate al mismo tiempo. Estar alienado es el sino de todo empleado, y es ante todo rendir cuentas ante el empleador. Es, dentro del espacio impartido a cada cual, negociar a cada instante entre el margen de libertad y el vasallaje al poder que te emplea, es decir, a la empresa; por ende, al patrón. Es cumplir con un trabajo procurando no arriesgarse a la

reprobación (la marginación), a la disminución de los cachés, de los honorarios, de las subvenciones, de las residencias y otras formas de retribución (las retenciones salariales), ni a la desgracia (el rechazo, el despido).

La proletarización de las destrezas del arte y del pensamiento obligan a practicar con mayor o menor sutilidad la autocensura y el formateo de las obras encargadas, o a vender —lo cual, en la situación actual, equivale a lo mismo—, la obra no encargada como si lo fuese.

*

Que la dominación produzca obscenidad en lugar de espectáculo, y vulgaridad en términos de arte y de literatura, no debe hacernos creer que es imbécil. Muy al contrario, lo que aquí se pone en práctica es de una terrible inteligencia. Baliza con precisión y gran habilidad el espacio de los posibles, dejando que cada cual se haga la ilusión de afirmar su singularidad, sus intenciones críticas, eventualmente sus veleidades transgresivas (las extravagancias del bufón del rey confirman la buena salud de un Estado y la omnipotencia inalterable de su poder).

Ella misma participa en la producción de los gestos satíricos que se le destinan, y sabe revertirlos en su propio beneficio, presentándolos tanto como testimonio de su buena fe como de su mentalidad abierta, al tiempo que domestica a sus autores o, si persisten en la indocilidad, los arroja al margen. «¿El Estado? Arquetipo del proxeneta que consuela y que pega³.»

*

3 Liliane Giraudon, *Le Garçon cousu*, París, POL, 2014.

La empresa cultura cultiva el «entre iguales» con una inusitada obstinación, aceptando del exterior justo lo necesario para responder de su incontestable tolerancia. Esa tolerancia se constata a través de su voluntad de integración. Ciertamente, en la empresa cultura los puestos son caros, deseados, honoríficos; sin embargo, siempre están abiertos a quien se resuelve a prestar vasallaje; la democracia ofrece así su lote de consolación a las víctimas del sistema. Huelga decir que ser gitano, negro, árabe, musulmán, tener padres obreros o simples empleados, se paga desde el momento en que se aspira al reconocimiento. ¿Acaso no es la norma, en nuestras democracias modélicas, que haya que trabajar más cuando se viene de más abajo, para tener acceso al mismo reconocimiento que los demás? ¿Que haya que ser más recto que recto y más blanco que blanco, para tener los mismos derechos que los demás? ¿Que haya que demostrar y demostrar una y mil veces el vasallaje cuando se viene de más abajo, simplemente para esperar llegar a ser, algún día quizá, lo que los demás son por nacimiento?

A quien no ha nacido perro pero quiere unirse a la jauría, siempre se le pedirá que ladre más y más fuerte.